

THE ATLAS

.....
.....
.....
.....

PELAYO:

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS,

POR

DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LOS CAÑOS
DEL PERAL EL DIA 19 DE ENERO DE 1805.

MADRID

EN LA OFICINA DE GARCÍA Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1805.

Patriæque impendere vitam.

Lucano.

ADVERTENCIA.

Dos escritores justamente distinguidos entre nosotros han hecho ya cada uno su tragedia sobre este mismo asunto, conocidas y publicadas la una con el título de HORMESINDA, y la otra con el de MUNUZA. El autor del PELAYO no espera ni intenta que aquellas obras se ol-

*

viden por la suya ; pero reconociendo las prendas estimables y el mérito que hay en ellas , ha creído que podría tratar el mismo argumento con otro plan y diversos medios. El Pelayo pintado allí pertenece á sus autores exclusivamente ; pero el Pelayo de la historia está á la disposicion de qualquier poeta. Usando pues del derecho que en todos tiem-

pos han tenido los autores dramáticos de ejercitarse en asuntos ya manejados por otros; ha querido el autor de esta tragedia dar por su parte al heroyco restaurador de nuestra Nación y Monarquía el tributo de admiracion y de alabanza que todo buen español le debe.

Alguna vez se habrá encontrado con sus predecesores ya en los pen-

samientos ya en las expresiones : inconveniente inevitable quando se escribe sobre una materia tratada ya por otros ; pero lo advierte para que no se le tache de usurpacion voluntaria y silenciosa , especie de imputacion á que por nada en el mundo quiere estar sujeto.

Y esto no lo dice porque se desdeñe de seguir las pisadas de otros : en

(v)

su obra encontrarán los inteligentes y los aficionados á este ramo de literatura un buen número de imitaciones. En un arte tan difícil, y á los principios de la carrera, ¿quién es tan atrevido que presume poder volar con sus propias alas sin auxilio ninguno ageno? Apenas ha dexado ya el pincel de la tragedia personaje señalado en la historia,

*ni pasion ninguna fuer-
te, ni situacion interesan-
te que no haya puesto en
la escena: ¿quién pues
aspirará á escribir una
obra enteramente nueva
sin exponerse á que sal-
ga extravagante en gran
parte, á menos de contar
con unas fuerzas y un ta-
lento extraordinario?*

*El autor del PELAYO no
presume tanto de sí mis-
mo; y lo mas que preten-*

de por ahora es estudiar continuamente los grandes modelos, seguir sus huellas aunque de léjos, apropiarse á nuestro teatro algunos de sus primores, y esforzarse para que los quadros en que los imitan no sean absolutamente indignos de lo que recibe de ellos.

(VIII)

PERSONAJES Y ACTORES.

- PELAYO. *Sr. Isidoro Muiquez.*
HORMESINDA : su hermana. *Sra. Antonia Prado.*
VEREMUNDO : deudo de los dos. *Sr. Rafael Perez.*
LEANDRO : hijo de Veremundo. *Sr. Josef Valles.*
ALFONSO : Duque de Cantabria. *Sr. Vicente Garcia.*
ALVIDA : confidenta de Hormesinda : *Señora Francisca Briones.*
MUNUZA : Gobernador Moro de Gixon. *Señor Josef Infantes.*
AUDALLA. *Sr. Francisco Ronda.*
ISMAEL. *Sr. Eugenio Perez.*
NOBLES ASTURIANOS.
GUERREROS MOROS.

La Escena es en Gixon.

ACTO PRIMERO.

La Escena representará un salon de la casa de Veremundo, adornado de varios trofeos de armas.

ESCENA PRIMERA.

VEREMUNDO, ALFONSO.

ALFONSO.

Sí, respetable Veremundo; hoy mismo
De las murallas de Gixon me ausento,
Donde tanta flaqueza y tanto oprobio
Mis indignados ojos están viendo.
El Moro triunfa, los Cristianos doblan
Á la dura cadena el dócil cuello,
Sin que uno solo á murmurar se atreva
De opresion tan odiosa. No: aunque en medio
De esta vil muchedumbre apareciese
Del gran Pelayo el animoso aliento;
En vano á libertad los llamaria,
Ya nadie le entendiera.

VEREMUNDO.

Él en el seno

A

De la etérea mansion goza sin duda
 La palma que á los mártires da el cielo
 En premio á su virtud. Fiero, incansable
 Los llanos de la Bética le viéron
 Casi arrancar él solo la victoria,
 Que vendió la perfidia al Agareno.
 Él atajó el raudal á la fortuna
 Del soberbio Tarif, quando en Toledo
 Del victorioso ejército sostuvo
 La terrible pujanza un año entero.
 De igual valor fué Mérida testigo;
 Hasta que puesta su cabeza á precio
 Por el infame Muza; y escondido
 Desde entónces su nombre en el silencio,
 Ni de él ni de Leandro el hijo mio
 La fama volvió á hablar.

ALFONSO.

¡ Dichosos ellos,
 Que así acabáron de sufrir! Sus ojos
 Ya sepultados en eterno sueño
 No verán el escándalo, la afrenta
 De su sangre, el sacrílego himeneo
 Que hoy se va á celebrar. ¡ O Veremundo!
 Perdona esta vehemencia á mí despecho;

Ser Hormesinda esposa de Munuza,
Triste es oirlo, y afrentoso el verlo.

VEREMUNDO.

Mal pudieran las débiles mugeres
Resistir al halago lisonjero
Del Moro vencedor, quando sus armas
Domáron ya los varoniles pechos.
Mira á la hermosa viuda de Rodrigo
Ganar desde su triste cautiverio
El corazon del jóven Abdalasis,
Y ser su esposa, y ocupar su lecho.
Mira á Eudon de Aquitania dar su hija
Á un Árabe tambien; y hacerla precio
De una paz....

ALFONSO.

¿Y la hermana de Pelayo
Debió seguir tan exécrable exemplo?
¿Excederle debió?

VEREMUNDO.

Yo deudo suyo,
Que la eduqué, la amé qual padre tier no,
Disculpo su flaqueza, aunque la lloro.

ALFONSO.

¿Cabe disculpa en semejante yerro?

VEREMUNDO.

Sí, Alfonso, cabe: ¿ por ventura ignoras
 El bárbaro y terrible juramento
 Que hizo Munuza? ¿ Ignoras que asolada
 Gixon hubiera sido en escarmiento
 De su noble defensa, si Hormesinda
 No la hubiera salvado con sus ruegos?
 Si nuestra servidumbre es mas suave,
 Si aun ves de pie nuestros sagrados templos;
 Los Cristianos, Alfonso, á su hermosura,
 Á ese amor que te indigna lo debemos.

ALFONSO.

¡ Abominable amor! ¡ Union impia!
 Que Dios va á castigar; y ya estoy viendo
 Á esa desventurada, á quien seducen
 Los engaños del Moro, ser muy presto
 Objeto miserable de sus iras.
 ¿ Ignoras tú su condicion? Violento,
 Implacable y feroz, si es generoso
 En la prosperidad; lo es por desprecio,
 Por arrogancia. Las inquietas ondas
 Que baten las murallas de este pueblo,
 No son mas de temer en su inconstancia
 Que su alma impetuosa.

VEREMUNDO.

Hasta este tiempo,
Gixon solo conoce su clemencia.

ALFONSO.

Ella se acabará, que no está léjos
¡Y plegue al cielo que me engañe! el dia
En que soltado á su insolencia el freno,
Del tirano engañoso que ahora alabas
La rabia al fin confesarás gimiendo.
Yo tiemblo su frenética arrogancia;
Y esta llegada repentina tiemblo
Del fiero Audalla, Audalla conocido
Por su zelo fanático y sangriento.
Á Dios; á darme asilo las montañas
Bastarán de Cantabria, cuyos senos
Ofrecen á la sed del Africano,
En vez de oro y placer, virtud y fierro.
Ellas me esconderán.... Mas Hormesinda....

ESCENA II.

HORMESINDA (1) y dichos.

HORMESINDA.

¿Qué le diré, infeliz? Á andar no acierto,
Y mis rodillas trémulas se niegan
Á sostenerme.

VEREMUNDO.

Acércate.

HORMESINDA.

No puedo,
Señor; que el corazón á vuestros ojos
Siente aumentar su tímido recelo.

VEREMUNDO.

¿Dudas ya de mi amor, bella Hormesinda?

HORMESINDA.

¡Dudar yo! No Señor, en ningún tiempo. (2)
Á vos mi infancia encomendó mi hermano
Quando acudiendo de la patria al riesgo,

(1) Aparece en el fondo del teatro en ademán abatido y temeroso, y se detiene allí.

(2) Adelantándose ácia él.

Voló precipitado al mediodía
 Á probar en los Árabes su acero.
 Huérfana y sola, planta abandonada
 En temporal tan recio y tan deshecho,
 Sola la proteccion de vuestro asilo
 Pudo abrigarme del rigor del viento.
 En vos hallé mi padre, en vos mi hermano:
 ¡Que no pueda mi amor satisfaceros
 Tanta solicitud, tantos afanes!
 Pero impotente el corazón á hacerlo,
 Su inmensa deuda agradecido aclama,
 Y para el pago la remite al cielo.
 El, dignamente os recompense: en tanto....
 Perdonad el rubor, el triste miedo
 Que me acobarda... en tanto vuestros brazos
 Dad á una desdichada, que al momento
 Va á dexar este asilo de inocencia
 Donde sus años débiles crecieron;
 Y sobre ella implorad una ventura
 Que su dudoso y angustiado pecho
 No se atreve á esperar.

VEREMUNDO.

¡Ah! Si bastasen

Mis ruegos á alcanzarla, ni otro premio,

Ni otra fortuna al cielo pediria
 Este infeliz y lastimado viejo.
 ¡Pero, hija mia!... (1)

HORMESINDA.

¡Ay! no: que las palabras
 Salgan de vuestra boca en son tremendo:
 Llamadme ingrata, pérfida; llamadme
 Infel á la virtud, sorda al consejo,
 ¿Qué me podreis decir que yo á mí misma
 Con dureza mayor no esté diciendo?
 Sabed, que aqueste cáliz de dulzura
 Tras el que anhela el corazon sediento,
 Á fuerza de amarguras y martirios,
 Está ya en mi interior vuelto en veneno.
 Sabed....

ALFONSO.

Si eso es así ; por qué un instante
 No levantaiis, Señora, el pensamiento
 Á ser quien sois? La religion sagrada,
 La sangre que os ánima el gran sendero
 De la virtud os mostrarán seguras,
 Y para andarle os prestarán esfuerzo.

(1) Asiéndola afectuosamente de la mano.

Mostraos hermana de Pelayo: y ántes
 De ver que sois escándalo á los vuestros,
 Ludibrio de los bárbaros infieles,
 Esposa de un tirano....

HORMESINDA.

Deteneos;

Que si temí las quejas del cariño,
 Á la voz del insulto me rebelo.
 ¿Por qué, si soy escándalo á los míos,
 Si tan injustos me condenan ellos;
 Por qué á la seducción, á los halagos
 Del Moro vencedor no me escondiéran?
 Quando el furor y la venganza ardan,
 Quando ya el hambre y el violento fuego
 Prestos á devorarnos amagaban;
 Era justo, era honroso en aquel tiempo
 Que yo á los pies del Árabe irritado,
 Fuese á ablandar su corazón de acero.
 Y voy, y mis plegarias el camino
 Hallan de la piedad, y alza contento
 Este pueblo su frente, y sacudida
 De él la muerte espantosa huye rugiendo.
 Todos, Señor, entónces me aclamaban,
 Todos: y en tanto que al enorme peso

De sus cadenas agoviada España
 Mira asolados sin piedad sus templos,
 Hollados con furor sus moradores,
 Violadas sus mugeres, en el seno
 De la paz mas feliz Gixon descansa.
 ¡ Tirano le llamais, y él en sosiego
 Nos dexa respirar, quando podria
 Con sola una mirada extremecernos!
 ¡ Es un tirano, y amoroso aspira
 Á llamarse mi esposo!.... ¡ Ah! no lo niego,
 Inexôrables Godos, á su halago,
 Á su tierna aficion, á su respeto
 Mi corazon rendí; vuestra es la culpa,
 Y el fruto ¡ hombres ingratos! tambien vuestro.

E S C E N A III.

ALVIDA y dichos.

ALVIDA. (1)

Llegó el momento: el séquito está pronto
 Que debe acompañarte al himeneo:
 Munuza espera á su adorada amante,

(1) Á Hormesinda.

Anunciando su gozo y sus deseos
Con su esplendor hermoso las antorchas,
La música festiva en sus acentos.

HORMESINDA.

¡Esto es hecho, gran Dios!

ALFONSO.

Seguid, Señora,

Por donde os lleva tan culpable fuego,
¿Qué teneis que temer? Las luminarias
Que han de solemnizar vuestro contento,
Solemnicen tambien y hagan patentes
De vuestro hermano y patria el fin funesto.
Mi lengua, Veremundo, poco usada
De la lisonja á los infames ecos,
Dexa este parabien á los amantes. Vase.

HORMESINDA.

¡Qué horrible parabien!... Mas ya no hay medio
De volver el pie atras: que mi destino
Mas fiero y mas cruel cada momento
Tras sí me arrastra; y sin poder valerme
Á su imperiosa voluntad me entrego.
Á Dios, Señor (1): ¡Á Dios!

(1) Le besa afectuosamente la mano; y se
retira con precipitacion: Alvida la sigue.

ESCENA IV.

VEREMUNDO.

¡Misero anciano!

¿Ya que te resta? El lúgubre silencio,
La amarga soledad que te rodean,
Fieles te anuncian tu postrer momento....
¡Y cuán acerbo!....¡ Ó suerté! ¿á qué guardarme
Para tal desamparo?

ESCENA V.

PELAYO, LEANDRO (1) y dicho.

LEANDRO.

Amigo, entremos:
Nadie nos sigue; la fortuna misma
Nos ha guiado hasta el solar paterno.

VEREMUNDO.

¿Qué voz es la que escucho? ¿Mis sentidos
Me engañan? Mas no hay duda: ellos son, ¡ellos! (2)

(1) Entran por donde salió Alfonso. Leandro se presenta y empieza á hablar ántes de verse Pelayo.

(2) Corriendo á abrazarlos.

¡Ó providencia eterna! yo te adoro.

¡Hijo!

LEANDRO.

¡Padre!

PELAYO.

¡Señor!

VEREMUNDO.

¡Pelayo! ¿Es cierto;

Es cierto que vivís? ¡Ah! que aun se niega

Á tal ventura incrédulo mi afecto,

Y abrazándoos estoy! ¿Cómo os salvasteis,

Decid, cómo vencisteis tantos riesgos,

Que la desgracia y el rencor del Moro

Amontonáron ya para perderos?

El silencio, el olvido en que os hundisteis

Eran señal de vuestro fin sangriento

Para toda la España que afligida

Cifró en vosotros su postrer consuelo.

PELAYO.

¡Ah! si bastantes á salvarla fuesen

La constancia, el ardor, el noble zelo;

Firme aun se viera, Veremundo, y dando

Envidia con su gloria al universo.

Nuestras fatigas, el valor ilustre

De los que el nombre godo sostuvieron
 Pudiera ya colmar el precipicio
 En donde derrocada está gimiendo.
 Mas vano ha sido nuestro afán, y en vano
 Por el nombre de Dios lidiado habemos;
 Él retiró su omnipotente escudo,
 Y coronar no quiso nuestro aliento:
 Vednos pues en los términos de España
 Prófugos, solos, deplorable resto
 De los pocos valientes que mostraron
 Á toda prueba el generoso pecho.
 La guerra en su furor devoró á todos.
 Yo los ví perecer... ; Ó compañeros!
 Que en el seno de Dios ya descansando
 De vuestro alto valor gozais el premio;
 Mis votos recibid y mi esperanza;
 Vengue yo vuestra muerte, y muera luego.
 VEREMUNDO,
 ; Admirable constancia! Mas, Pelayo,
 ; De qué nos sirve contrastar al cielo?
 Quando á nuestros intentos la fortuna
 Les niega su laurel en el suceso,
 Ceder es fuerza, inútil es el brio,
 Pernicioso el resón. Si estando entero

Contra el fiero rigor de esta avenida
 No pudo sostenerse nuestro imperio;
 ¿Te sostendrás tú solo? ¿Á quién conságras
 Tan heroyco valor, tanto denuedo?
 No hay ya España, no hay patria.

PELAYO.

¡No hay ya patria!
 ¡Y vos me lo decís!... Sin duda el yelo
 De la vejez que tímida os agovia
 Inspira esos humildes sentimientos,
 Y os hace hablar qual hablan los cobardes.
 ¡No hay patria! Para aquellos que el sosiego
 Compran con servidumbre y con oprobios;
 Para los que en su infame abatimiento
 Mas vilmente á los Árabes la venden,
 Que los que en Guadalete se rindiéron.
 ¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva
 Todo buen Español dentro en su pecho?
 Ella en el mio sin cesar respira:
 La augusta religion de mis abuelos,
 Sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
 Tienen aquí un altar, que en ningun tiempo
 Profanado será.

VEREMUNDO.

Tu zelo ardiente

Te fascina, Pelayo: ¿en quién tu esfuerzo
 Puede ya confiar? Quien pierde á España
 No es el valor del Moro, es el exceso
 De la degradacion: los fuertes yacen,
 Un profundo temor yela á los buenos,
 Los traidores, los débiles se venden,
 Y alzan solos su frente los perversos.

PELAYO.

¿Y porque estén envilecidos todos,
 Viles todos serán? Yo no lo creo:
 Mil hay, sí Veremundo, mil que esperan
 Á que dé alguno el generoso exemplo,
 Y el estandarte patrio levantando
 Despierte á todos de tan torpe sueño.
 Yo vengo á levantarle: aquestos montes
 Serán mis baluartes, á su centro
 Volarán los valientes, y el estado
 Quizá recobre su vigor primero.
 Entremos pues: que mi Hormesinda abrace
 Á su hermano, Señor; y que tendiendo
 La noche el manto lóbrego, á seguirme
 Se prepáre.

(17)

VEREMUNDO.

¡ Buen Dios! Llegó el momento
Desgraciado y terrible.

PELAYO.

¡ Desgraciado
El instante feliz que ansió mi anhelo
De abrazar á mi hermana!

VEREMUNDO.

¡ Ay triste! Calla,
Ese nombre en tu boca es un veneno.

PELAYO.

¿ Por qué? decid : ¿ Por qué? ¿ vive?

VEREMUNDO.

Sí, vive:
Pero su muerte te afligiera ménos.

PELAYO.

¡ Qué misterio! acabad : ¿ infiel?

VEREMUNDO.

Tu hermana
Atajó los estragos de este pueblo.

PELAYO.

Seguid.

VEREMUNDO.

Tu hermana á los feroces ojos

B

Del bárbaro halló gracia... Ella es consuelo
 De todos los Cristianos que la imploran....
 Ella hace nuestros grillos mas ligeros....
 Nada resiste al vencedor.... Munuza
 Rendido, enamorado, al himeneo
 De Hormesinda aspiró, y ella vencida....

PELAYO.

Por piedad no acabeis.... ¿Estos los premios
 Son que á tanto afanar, tantos servicios
 El cielo reservaba? El vilipendio,
 La mengua, las afrentas ¡ó Leandro!
 ¿Por qué al rigor del musulman acero
 Á par de tantos héroes no caimos
 Allá en los campos de Xerez sangrientos?

LEANDRO.

Repórtate, Pelayo: á este infortunio
 Opon tu alta constancia, opon tu esfuerzo:
 En tí la patria su esperanza fia;
 No desmayes, aleja el pensamiento
 De esa flaca muger: para tí es muerta.

PELAYO.

¡ Muerta ! ¡ pluguiese á Dios !... ¿ Por qué sabiendo (1)

(1) Á Veremundo.

Tal abominacion , al mismo instante
 Un agudo puñal no abrió su pecho?
 Ella con su inocencia moriría,
 Yo no viviera con borron tan feo.

VEREMUNDO.

Á apoyar su virtud ya vacilante
 Siempre acudió mi paternal consejo;
 La violencia jamas.

PELAYO.

¡Costumbre impia!
 ¡Tiránica opinion! ¡Injusto fuero!
 ¡Las mugeres sucumben , y en nosotros
 Carga el torpe baldon de sus excesos!
 ¡La ingrata!.. ¡Ó cuánto amor! ¡qué tanta ternura
 La conservaba yo! Siempre el objeto
 De mis cuidados era.... y quando ansioso
 De arrebatarla al yugo sarraceno
 Vengo á Gixon; y que se diga esclava
 Del déspota oriental sufrir no quiero;
 ¡Ella esposa de un Moro!.... Mas decidme
 ¿Desde cuándo un enlace tan funesto
 Se ha estrechado?

VEREMUNDO.

Ahora mismo: en este instante

B 2

Se celebra quizá.

PELAYO.

Pues aun es tiempo;

Volémos á la pérfida : mi vista

La llenará de horror ; este himeneo

No se hará , no : si por desgracia es tarde,

La ahogará á mi presencia el sentimiento. (1)

VEREMUNDO.

Él en su ardiente frenesí se ciega:

Sigámosle , Leandro ; y á lo ménos

Si regir su furor no conseguimos ;

Con él quando perezca moriremos.

(1) Sale precipitadamente.

Fin del acto primero.

ACTO II.

El teatro representa un salon del palacio de Munuza.

ESCENA PRIMERA.

HORMESINDA , MUNUZA , ALVIDA,
AUDALLA.

Hormesinda en un sofá sostenida por Alvida en la actitud de ir saliendo de un deliquio: Munuza en pie junto á ellas: Audalla algo separado ácia un lado del teatro , y mirándolos desdeñosamente.

MUNUZA.

¡Ó ingratitud! ¡ó femenil flaqueza!
Con que quando debiera la alegría
Su corazon henchir , y este momento
Ser el mas delicioso de su vida;
¡Dudar! ¡temblar! ¡desfallecer!... y apénas
Dan sus labios el sí , quando oprimida
De congoja mortal , yerta la miro
Á mis plantas caer!

ALVIDA.

Señor, mitiga
Tu enojo; ya en sí vuelve.

HORMESINDA. (I)

¿En dónde, ¡ó cielos!
En dónde estoy?

ALVIDA.

Recóbrate, Hormesinda,
Mis brazos te sostienen, á tu lado
Á tu esposo contempla.

MUNUZA.

Ella le irrita
Con esa turbacion.

HORMESINDA.

Querido amante,
Piedad de esta infeliz: ¿por qué á afligirla
Tambien los ecos de tu labio airado
Y esas miradas de furor conspiran?

MUNUZA.

¿Cuál es pues, dime, la funesta causa
De aquesta agitacion tan repentina,
De ese pavor horrible que en tu frente

(1) Volviendo en sí poco á poco.

Y en tus ojos atónitos se pinta?

HORMESINDA.

El cielo vé la pena , los temores
Que mi interior ahora martirizan,
Y vé tambien á mi amorosa llama
Explayarse por él siempre mas viva.
Sed contento , Señor , vos ya vencisteis,
El triunfo es vuestro , la vergüenza es mia.
¡ Ah! ¿ qué dirán ahora los Cristianos (1)
De esta muger desventurada?

MUNUZA.

Olvida

Sus inútiles quejas ; ellos deben
Á tí humillarse.

HORMESINDA.

¡ Ó cuál me atemoriza
El parabien aquel !... ¿ En dónde queda
El venerable anciano que solia
Con su amor y consejos ampararme?
Todo me abandonó : tú sola , Alvida,
Tú sola no desdeñas mi fortuna.

(1) Á Alvida.

ALVIDA.

Eterno mi cariño, dulce amiga,
Siempre te seguirá.

HORMESINDA.

De estas ideas

Tiranizada ya mi fantasía,
Trémula y vacilante á vuestro alcázar
Á juraros mi fé fui conducida.
Jurada está, Señor, no me arrepiento:
Soy vuestra, y lo seré... quando salian
Las fatales palabras de mi boca,
Y el acto solemnísimo cumplan,
Me pareció que alzándose Pelayo
En medio de los dos, y ardiendo en ira,
¿Qué te hicieron, ó pérfida, los tuyos
Para así abandonarlos? me decia.
Tiembla entónces el suelo, ante mis ojos
La luz de las antorchas se amortigua;
Baña el sudor mi frente, el pie me falta,
Y opresa del afan caigo sin vida.
¡Ó deliquio cruel!

MUNUZA.

¡Ó ilusion vana
Que todo mi placer vuela en acibar!

¿Ha de romper Pelayo á perseguirte
La noche eterna de la tumba fría
Que ya le esconde?

HORMESINDA.

Y si viviese acaso;
¡Ah! ; cuál entónces su dolor sería!
¡Desdichada de mí!

MUNUZA.

Lanza esas sombras
Que tu tímido espíritu atosigan:
Serénate ya en fin. ¿Es tan penoso
Coronar el amor, labrar la dicha
De un amante querido?

HORMESINDA.

¡Ay! no... Pelayo,
Ya en el cielo ante Dios dichoso asistas
Gozando el premio á tu valor debido,
Ya proscripto en la tierra, y triste aun gimas;
Oye la voz de tu angustiada hermana,
Perdónala. Tu esfuerzo y osadía
Á defender la patria no bastaron;
Sufre que yo la alivie en su desdicha,
Que yo la madre y protectora sea
De los vencidos que en su amor confían.

Él lo quiere... (1) ;No es cierto! ;Ah! yo me entrego
Al afecto imperioso que me guía,
Querido amante : mas consiente ahora,
Que sola un breve tiempo y recogida
Tu esposa pueda contemplar su suerte,
Acallar los temores que la agitan,
Y llenar solo su tranquilo pecho
Del tierno y dulce amor que tú la inspiras. (2)

ESCENA II.

MUNUZA , AUDALLA.

MUNUZA.

¿Es temor, es desden? ¿qué es esto, Audalla?
¿Pude esperar en semejante día
Tal confusión?

AUDALLA.

El sucesor augusto
Del sublime profeta acá me envía,
No á arreglar tus querellas con tu esclava,
Sino á que España nuestros ritos siga

(1) Mirando tiernamente á Munuza.

(2) Se apoya en Alvida, y se retiran las dos.

De grado ó fuerza. Nunca los caprichos
 Del amor entendí , ni las caricias
 Del sexô engañador rendir pudieron
 Un momento jamas el alma mia.
 Cercado siempre de armas y soldados,
 Entregado á las bélicas fatigas
 Sé pelear y no amar : sé hacer esclavos,
 Nunca servir. Que nuestra ley divina
 Por siempre triunfe , y que ante el gran Profeta
 El universo incline su rodilla;
 Tales son mi ambicion y mis deseos.
 ¿Qué valen con la gloria las delicias?
 Por esto es siempre vencedor mi brazo.
 Y tú tiembla , Munuza , que esa indigna
 Pasion al fin te pierda ; y que los cielos
 Castiguen el amor que te domina,
 Arrancando á tus armas la victoria.

MUNUZA.

Debiéron ver tus ojos á Hormesinda
 Quando anegada en llanto y desolada
 Por la primera vez ante mi vista
 Se presentó : su tímida hermosura,
 Su ademan , sus palabras compasivas.
 Llenas de angustia y de dolor , no solo

Las entrañas de un hombre ablandarian;
 Mas rindieran tambien á las serpientes,
 Que aborta en sus desiertos nuestra Libia.
 Yo la escuché, y venció : Gixon es libre
 Del furor de la guerra y la conquista.

AUDALLA.

¿Y no temes que al fin tanta flaqueza
 Llegue á causar tu irremediable ruina?
 ¡Ay del que es opresor si abre el oido
 Á la piedad, y si imprudente olvida
 Que ante él deben marchar la servidumbre,
 La amenaza, el terror! Si así no humillas
 Esta fiera nacion que á nuestras plantas
 Yace mas espantada que vencida,
 Teme tu perdicion. Goza en buen hora
 Del amoroso halago y las caricias
 De esa Cristiana; los demas perezcan,
 Ó en vergonzosa esclavitud nos sirvan,
 Mientras no abracen nuestra ley : Munuza,
 Así lo manda nuestro gran Califa.
 ¿Osarás resistir? ¿olvidar puedes
 Que al partir de Damasco, esa cuchilla
 Para extender la ley puso en tus manos?

MUNUZA.

¿Y contra quién, Audalla, he de esgrimirla?
¿Contra unos miserables que rendidos
Ante mis ojos con pavor se inclinan?
Mi arrogancia desdeña á los humildes.

AUDALLA.

Ellos tal vez castigarán un dia
Bondad tan temeraria.

MUNUZA.

Aun soy Munuza: (1)
Pendiente de mis hombros todavía
Se vé la formidable cimitarra,
Que huérfanas dexó tantas familias.
Tiemblan de mí despiertos; se estremecen,
Si su atemorizada fantasía
Mi aterradora faz les pinta en sueños.

ESCENA III.

ISMAEL y dichos.

ISMAEL.

Dos Cristianos, Señor, á vuestra vista

(1) Despues de una corta pausa.

Pretenden parecer; es uno de ellos
Aquel anciano, el deudo de Hormesinda,
El otro un jóven que dolor y enojo
En semblante impertérrito respira.

MUNUZA.

Entren al punto. (1)

AUDALLA.

Acuérdate, Munuza,
Que la ley soberana del Califa
Se habrá de promulgar, que los Emires
Te aguardan á este fin.

MUNUZA.

Basta. (2)

ESCENA IV.

PELAYO, VEREMUNDO, MUNUZA.

MUNUZA.

¿Qué os guía,
Decid, á mi presencia?

(1) Se va Ismael.

(2) Sale Audalla.

VEREMUNDO.

Una ventura

Para la gente mora , una desdicha
Para el pueblo español : murió Pelayo:
Testigo de su suerte la confirma
Este guerrero , y á Hormesinda trae
La fúnebre y amarga despedida
De su hermano infeliz.

MUNUZA.

Quizá esta nueva (1)

Los temores ahuyente que la ostigan.
¿ Con que murió Pelayo ? ¿ Veis , Cristianos,
En la fortuna nuestra ley escrita ?
El cielo la consagra con victorias,
Y os abandona : ¿ en qué os parais ? Seguidla.

PELAYO.

Yo me engañé ; quando al saber tu fama,
Generoso , ó Munuza , te creía:
La muerte de un contrario valeroso
Solamente el que es vit la solemniza.

MUNUZA.

¿ Y quién eres tú , di , que tan osado ?...

(1) Aparte.

PELAYO.

Sabe, Moro, que alienta todavía
Pelayo en mí....

VEREMUNDO. (1)

Señor, disculpa sea
De tal temeridad su afliccion misma.
En Pelayo su gloria y su esperanza
Los Españoles míseros ponian.
Ya pereció: las lágrimas que damos
Al esquivo rigor de su desdicha
No te ofendan, Munuza.

MUNUZA.

Yo á Pelayo
Ni amé, ni aborrecí: mas su porfia,
Su temeraria obstinacion pudiera
Sernos fatal: así quando nos libra
Alá de su furor, gracias le rindo
De que á este imperio tan benigno asista.
¡Cristianos, sois perdidos!

PELAYO.

No te fies
En tu prosperidad: Dios pudo un dia

(1) Interrumpiéndole.

Separar su favor de aqueste pueblo
 Y abandonarle á su terrible ira.
 De los Godos contempla el poderío:
 La suerte en un momento le derriba:
 La suerte puede hacer que en un momento
 Caiga tambien vuestra soberbia altiva.
 ¿Quién sabe, si aplacado con nosotros
 Ya el cielo un brazo vengador anima
 Que ataje vuestra próspera bonanza?

MUNUZA.

¿Será el tuyo tal vez?... Mas Hormesinda
 Va á parecer delante de vosotros:
 Tú, imprudente, refrena esa osadía,
 Usa un lenguaje y ademán conformes
 Á tu fortuna humilde y abatida;
 Y no al leon irrites que te escucha,
 Y por desprecio tu arrogancia olvida. Vase.

ESCENA V.

PELAYO, VEREMUNDO.

VEREMUNDO.

¡Gracias al cielo! Al cabo con su ausencia
 Mi temeroso corazon respira.

G

¡ Quál me has hecho temblar ! ni tus promesas,
 Ni el velo que á sus ojos te encubria,
 Á asegurar mi agitacion bastaban.
 Del tirano al aspecto enardecida
 Tu mente se arrojaba toda entera;
 Y en tus miradas fieras se veía
 La mal cubierta indignacion: en vano
 La desolada España en tí confia,
 Sino atiendes la voz de la prudencia.
 ¿ No sabrás moderarte ?

PELAYO.

¿ Y quién me obliga
 Á tan torpe disfraz ? Nunca Pelayo
 Descendió á la flaqueza , á la ignominia
 De engañar ; el que engaña es un cobarde
 Que confiesa su mengua en su perfidia.
 ¡ Y yo miento mi nombre ! ¡ y yo le escondo
 Delante de ese Moro ! ¡ Ó fementida
 Muger !

VEREMUNDO.

Ella se acerca.

ESCENA VI.

HORMESINDA y dichos.

HORMESINDA (I)

Padre mio,

¿Con que aun no me olvidais?... ¿Pero qué miran
Mis ojos? ¡ Ay! él es... ¡Valedme, cielos!

VEREMUNDO.

¿La ves á tu presencia confundida?
Calle la indignacion; hable, hijo mio,
La sangre solamente.

HORMESINDA.

Ya á tu vista

Tienes esta infeliz, esta culpable
Á quien Dios en su cólera dió vida;
Á quien ántes de verse en tal momento,
La negra muerte aniquilar debia.
No imploro tu piedad, no la merezco,
Ni cabe en el honor que en tí respira.

(I) Se dirige primero á Veremundo; des-
pues repara en Pelayo, y se para con el ma-
yor abatimiento.

Pero permite que tu hermana ahora
 Con lágrimas rescate de alegría
 Las lágrimas que un tiempo dió á tu muerte
 En luto acervo, y en dolor vertidas.
 Sufre que al gozo me abandone.... (1)

PELAYO.

Aparta:

¿Mi hermana tú? Jamas. Quien aquí habita,
 Quien se complace en la estacion odiosa
 De la supersticion y tiranía
 No puede ser mi sangre. En otro tiempo
 Tuve una hermana yo que era delicia
 De Pelayo y de España: virtuosa,
 Inocente y leal, siempre fué digna
 De todo mi cariño y mis cuidados,
 Que con mi patria la infeliz partia.
 El cielo encarnizado en perseguirme
 Me la robó: la que mis ojos miran
 Es una infame apóstata, que ahora
 Mi vista indignamente escandaliza.
 Ella insulta á los males de la patria,
 Ella desprecia las desgracias mias,

(1) Hace ademán de acercarse á él.

Ella en fin me aborrece.

HORMESINDA.

¿Y qué! ¿No basta
Ya mi pasión para encender tus iras,
Sin que también destierres de mi seno
Á la naturaleza, que en él grita
Con mas fuerza que nunca?

PELAYO.

¿Y no gritaba,
Quando ese vil amor que te perdía
Te atreviste á escuchar, y te entregaste
Al Árabe falaz que te esclaviza?
¿No pensabas en mí? ¿No contemplabas
Que era clavar en las entrañas mías
Un acero mortal, y atar la patria
Al yugo atroz del Musulman tú misma?

HORMESINDA.

¿Qué peso puede hacer en la balanza
Que los reynos levanta ó los inclina
De una flaca muger la resistencia?
Pelayo; ¡oh cuánta compasión tendrías
De esta desventurada, en quien ahora
Tu enojo todo sin piedad fulminas,
Si vieras mi amargura y mis combates!

Yo pudiera decirte...

PELAYO.

¿Y qué dirías?

HORMESINDA.

Que este amor á la patria que te enciende
 Es la sola ocasion de mi desdicha.
 Yo inocente viví: nunca en mi pecho
 La llama del amor se vió encendida;
 En todas tus fatigas y peligros
 Mi llanto y mi memoria te seguian.
 Cayó España, Pelayo: y ya aguardaba
 Á verme sepultada en sus cenizas,
 Á que me arreatase en su violencia
 El torrente veloz de la conquista;
 Quando Gixon amenazada... el cielo...
 Perdona... el cielo mismo mi caída
 Consiente. Opresa España, los Cristianos
 Mi favor implorando, y cada día
 De ese Moro tan bárbaro á tus ojos
 La generosidad siempre mas viva;
 Los exemplos, tu muerte... ¡Ó cuántas veces
 Dixe: Pelayo, á defender camina
 Tu amada hermana en tan tremenda lucha!
 Y Pelayo implorado no venia:

Y la triste Hormesinda abandonada
Del cielo y de la tierra....

PELAYO.

¡Y qué! Por dicha
Aunque tu hermano perecido hubiera,
¿La gloria de su nombre no vivía?
¿No reflexaba en tí? ¿tú no debiste
Defenderla, guardarla sin mancilla,
Y ántes morir, que recibir los dones
Con que el Moro doró nuestra ignominia?
Yo ví, yo ví la patria desplomarse
Del Guadalete en la funesta orilla,
Y sin perder aliento á sostenerla
El hombro puse y la constancia mia.
Tres años siempre combatiendo; España
De mi sangre y sudor toda teñida;
El rencor de los Árabes, al mundo
Mi zelo y mi fervor publicarían.
Todo es ya por demas: ¿qué soy ahora?
Un vil aliado de la gente impía
Que oprime mi país. ¡Desventurada!
Los ojos vuelve en derredor, y mira;
No hallarás sino mártires: los unos
Pereciendo al rigor de las cuchillas

Del feroz Sarraceno en las batallas:
 Los otros en las cárceles agitan
 Su pesada cadena; otros desnudos,
 Opresos de hambre y de miseria espiran.
 Todos te enseñan á sufrir: ¿qué importa
 Que otras mugeres débiles ó indignas
 Se hayan rendido al musulman halago?
 En medio del contagio debería
 Mantenerse Hormesinda ilesa y pura,
 Como á su hermano el universo mira,
 Quando el estado se desquicia y cae,
 Impertérrito y firme entre sus ruinas.

HORMESINDA.

Pues bien: tú ves mi error y le detestas;
 Yo tambien le detesto, y á mí misma.
 He aquí mi seno, hiere, y en un punto
 Acaba con tu afrenta y con mi vida.

PELAYO. (1)

¿Tienes valor? ¿eres mi sangre? Aun tiempo
 Es de enmendar tu ofensa: esas vecinas
 Montañas van á ser el fuerte asilo
 De los Cristianos que á vivir aspiran

(1) Despues de una corta pausa.

Libres de la opresion. Dexa á ese Moro
Que con su infame seduccion fascina
Tu corazon; y atrevete á seguirme
Á donde léjos del oprobio vivas.
¿No respondes?

HORMESINDA.

Pelayo; es doloroso,
Sin duda, a queste lazo que abominas;
Mas ya la suerte le estrechó, y....

PELAYO.

Acaba.

HORMESINDA.

El deber no consiente que te siga.

PELAYO.

¿El deber! el amor.

HORMESINDA.

Yo llamo al cielo
En testimonio....

PELAYO.

Calla, y no su ira
Despiertes contra tí.

HORMESINDA.

Sí, yo le llamo,
Él vé mi corazon y tu injusticia.

PELAYO.

Él vé triunfar tu abominable llama
De tu sangre y su ley. ¡Pues qué! ¿No miras
Que no es tuyo su Dios?

HORMESINDA.

Yo ofrecí al mio
Vivir siempre con él.

PELAYO.

¡Promesa impía!

HORMESINDA.

Yo la dixé, él la oyó; mi pecho nunca
La negará.

PELAYO.

¡Qué horror!

VEREMUNDO. (1)

Tu ardor mitiga,
Y acuerdaté que la infeliz España
De tí su bien y su esperanza fia.
Huyamos de la vista del tirano.

PELAYO.

Á Dios, muger sacrilega : acaricia
Al insolente Moro á quien adoras?

(1) Á Pelayo.

Consagralé tu abominable vida:
 Será por poco: escucha, los valientes
 Se van á armar y á alzar; la tiranía
 Contrastada va á ser; y si vencemos,
 Fuerza será que al ver á la justicia
 Alzar su brazo inexorable, tiemble
 La prevaricacion. Tú de tí misma
 Quejate entónces, si el horrendo crimen
 En el estrago universal expías. (1)

HORMESINDA.

¡Bárbaro! mi suplicio está aquí dentro:
 No es posible mayor para Hormesinda,

(1) Sale con Veremundo.

Fin del acto segundo.

ACTO III. (1)

ESCENA PRIMERA.

LEANDRO VEREMUNDO.

LEANDRO.

Resuelto está, Señor: aquí debemos
Perecer ó triunfar: Pelayo intenta
Que el mismo sitio que miró el agravio,
Tambien presente á la venganza sea.

VEREMUNDO.

¡O qué temeridad! él, hijo mio,
Incauto al precipicio se despeña;
Que rara vez corona la fortuna
Lo que el furor frenético aconseja.
El suyo le arrebató: aun me estremezco
De las amargas y terribles quejas
Con que acusó á Hormesinda; al fin salimos
Del peligroso alcázar; y su pena,
Sumida en un silencio formidable,

(1) La Escena es la misma que en el Acto primero.

Quanto ménos patente era mas fiera.
Te vió, y al punto te arrastró consigo:
Dónde, no sé: pero quizá ya os cercan
Tantos riesgos....

LEANDRO.

Mayor que todos ellos
El alma de Pelayo los desprecia:
En esta misma noche, en este sitio
Á los patricios de Gixon espera,
Y enardecer sus ánimos confía
Á que le sigan en su heroyca empresa.

VEREMUNDO.

¿Y vendrán?

LEANDRO.

No dudeis: los mas valientes
Lo prometiéron. Teudis y Fruela,
Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso:
Alfonso que dexaba estas riberas,
Y ya no parte. Todos deseaban
De Pelayo saber: todos esperan
Que ha de ser á su vista en esta noche
La suerte de Pelayo manifesta.
La hora se acerca en fin: y por ventura
El momento feliz tambien se acerca

De empezar otra lid mas peligrosa,
 Pero de mas honor que la primera.
 Tras de tantas fatigas y combates
 Rendir el cuello á la servil cadena
 Fuera insufrible mengua, y no es posible
 Que nuestro corazon consienta en ella.
 Mas ya llegan aquí.

ESCENA II.

ALFONSO, varios Nobles de Gixon y dichos.

ALFONSO.

De tí dolidos
 Los cielos, Veremundo, te conservan
 A tu amado Leandro, y no consienten
 Que en tan amarga soledad padezcas.
 Todos gozando en la ventura tuya
 El parabien te dan.

VEREMUNDO.

¡Quál lisongea
 Ese tierno interes mi anciano pecho!
 Él os lo paga en gratitud eterna,
 Nobles Astúres: y pluguiese al cielo
 Que este bien que su mano me dispensa,

A todos los Cristianos se extendiese.
 Sentaos: (1) el zelo hermoso que os alienta
 Me alcanza á mí, y al contemplarlo, hierbe
 La sangre que la edad heló en mis venas.
 ¡Óh! ¡Si de aquesta vez consejos dignos
 De ventura y honor de aquí salieran!
 Mas no es posible: el mal que nos agovia
 Vence á un tiempo al valor y á la prudencia.

ALFONSO.

¿Y por qué desmayar? ¿No es un anuncio
 Ya de ventura la imprevista vuelta
 De ese jóven? Mis ojos se complacen
 En ver un hombre al fin, donde ántes vieran
 Solo viles esclavos.... ó Leandro,
 Tú que á su lado en las batallas fieras
 Con generoso esfuerzo combatiste,
 Responde, da este alivio á mi impaciencia:
 ¿Vive Pelayo?

(1) Se sientan todos.

ESCENA III.

PELAYO (1) y dichos.

PELAYO.

Vive, si es que vida

Mi existencia fatal llamarse deba
De infortunios sin término acosada,
Y hoy entregada á intolerable afrenta.
Pelayo soy, el hijo de Favila,
El que por tanto tiempo en la defensa
Del estado sudó, cuyos trabajos
Por toda España su renombre llevan.
Soy el que siempre independiente, libre
De entre la ruina universal ostenta
Exento el cuello de los hierros torpes
Que sobre el resto de los Godos pesan.
¿Qué me sirven empero estos blasones
Cuyo bello esplendor me envaneciera,
Si ajados ya, por tierra derribados,
¡Ó indignacion! un Árabe los huella,

(1) Entra al tiempo de decir Alfonso las últimas palabras.

Y Hormesinda los vende?... ¡ó Gixoneses!
 Disculpad estas lágrimas que riegan
 Mi rostro enrojecido: en mengua tanta,
 ¿Qué mucho al fin que el pundonor las vierta?
 Venganza os pido, y por venganza anhelo:
 Si de vos por ventura alguno tiembla,
 Que en semejante infamia sumergida
 Su hija, su hermana, ó su consorte sea;
 El que en sí oyére del honor el grito
 Como en mi pecho destrozado truena;
 Ese me siga á castigar mi injuria,
 Y así la suya con valor prevenga.

ALFONSO. (I)

Sí, yo te seguiré: dexa, Pelayo,
 Que á tu diestra valiente úna mi diestra,
 Que me alboroze viéndote, y contigo
 Al Moro jure inacabable guerra.
 Alfonso de Cantabria te saluda,
 Y los buenos con él, que en tu presencia
 Ven renacer las dulces esperanzas,
 Que ya en tu aciago fin lloraban muertas.

(I) Se levanta, y corre á Pelayo: los demas
 tambien se levantan.

D

No solamente á castigar tu injuria
 Te seguiré , sino á vengar con ella
 La patria que reclama nuestros brazos,
 Y de tanto abandono se querella.
 Será su primer víctima Munuza.

PELAYO.

¡Ó ardimiento feliz! Yo bendixera
 Mis propios males, si ocasion dichosa
 De que la patria respirase fueran. (1)
 Bien lo sabeis: mis débiles esfuerzos
 Osáron contrastar en su carrera
 Al feroz Musulman; y reluchando
 Con los reveses mi valor, espera
 Que el árbol encorbado en la borrasca
 Sus ramas levantando ya dispersas,
 Se enderece mas bello y mas frondoso,
 Y con su sombra á defendernos vuelva.

UNO DE LOS NOBLES.

Si el peligro arrostrando denodados,
 Y pereciendo en él se consiguiera
 El magnánimo fin; mi vida entonces

(1) Vuélyense á sentar; y Pelayo se coloca
 entre Veremundo y Leandro.

Al altar de la patria por ofrenda
 La primera á inmolarse correría:
 Mas la fuerza se abate con la fuerza.
 Volved la vista atras: mirad la plaga
 Que levanta en la Arabia un vil profeta,
 La Asia y la Libia devastar, y al cabo
 En la Europa caer: á su violencia
 Arrólladas las huestes españolas
 El gótico poder cayó con ellas,
 Y sobre él orgulloso el Agareno
 De mar á mar tremóla sus banderas.
 El Español atónito en su estrago,
 Y ya domesticado en su cadena,
 Ni de su daño y su baldon se irrita,
 Ni á los clamores del valor despierta.

PELAYO.

¿Qué es pues el hombre? ¡ó cielos! Á su audacia
 Se ven ceder las indomables fieras,
 Los montes rinden su orgullosa cima,
 La explosion del volcan aun no le aterra;
 ¡ Y un hombre le subyuga! ... Nuestros nietos
 Vendrán y exclamarán: "¿Por qué se sienta
 »Sobre nuestra cerviz desventurada
 »Del ageno temor la injusta pena?"

D 2

„¿Somos quizá los que en Xerez huyéron?
 „¿Ó los que abandonando la defensa
 „De la patria, labraron con sus manos
 „Este yugo cruel que nos sujeta?”
 Así España hablará contra nosotros,
 Recordando ¡ó dolor! que á tanta afrenta,
 Á una opresion tan mísera pudimos
 Añadir el baldon de merecerla.

ALFONSO.

¡Perezca aquel que sobre sí le llame!
 El pueblo me decís duerme y se entrega
 Á los serviles hierros que le oprimen;
 ¿Quién sabe si esa mar ahora serena
 El soplo de los vientos solo aguarda
 Para tronar y amenazar soberbia?

VEREMUNDO.

No así tan presto en la esperanza fie
 Vuestro arrojado ardor. Y si se niega
 Á seguir vuestros pasos la fortuna,
 Si sois vencidos en tan árdua empresa;
 ¿Quién guarecer á la infeliz España
 Podrá de la venganza, que violenta
 En luto y sangre cubrirá al momento
 Las débiles reliquias que conserva?

PELAYO.
Es justa nuestra causa, el alto cielo
La dará su favor.

VEREMUNDO.

Tambien lo era
Quando en Xerez lidiábamos.

PELAYO.

No, amigos,
No lo fué, yo os lo juro, por la inmensa
Pérdida que los Godos allí hicieron;
Aun indignado el corazon se acuerda
Que la molicie, el crimen nos mandaban.
En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
De oro la frente orlada, y mas dispuesto
Al triunfo y al festin que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldicion eterna,
; Ah! yo lo ví: la lid por siete dias
Duró, mas no fué lid, fué una sangrienta
Carnicería: huyéron los cobardes,
Los traidores vendiéron sus banderas,
Los fuertes, los leales pereciéron.
No lo dudeis, los vicios, la insolencia
De Vitiza y Rodrigo á Dios cansáron;

Y ya la copa de su enojo llena,
 Abrió la mano, y la vertió en los Godos
 Que tan torpes escándalos sufrieran.

VEREMUNDO.

Cedamos pues; cedamos al decreto,
 Que á afan y á servidumbre nos condena.
 Quando ménos debiéramos, sufrimos;
 ;Y habrémos de escuchar nuestra impaciencia
 Al tiempo que oprimidos y dispersos,
 Sin fuerzas, sin apoyo, se nos cierran
 Las puertas ácia el bien? Dios nos castiga;
 Humillemos la frente á su sentencia.

PELAYO.

Quizá en tantas desgracias ya cumplida,
 Ó Españoles, está. Ved la halagüefia
 Ocasion que nos muestra la fortuna;
 Ella moviendo su volúble rueda
 Nos manda la osadía. Ved al Moro,
 Ansiando en su ambicion toda la tierra,
 Salvar los montes, inundar las Galias,
 Que al carro de su triunfo atar desea.
 Allá se precipitan sus guerreros:
 Y á España en tanto abandonada dexan
 Á los que ya de combatir cansados

Al ocio muelle, y al placer se entregan.
 Llena Gixon de fieles fugitivos,
 Llenas tambien las convecinas sierras,
 Brazos y asilo á un tiempo nos ofrecen,
 Y acaso culpan la tardanza nuestra.
 Demos pues la señal: ¡ó cuántos pueblos
 Nos seguirán despues! Mas si se niegan
 Á tan bella ocasion... Sirva en buen hora,
 Y la frente cobarde al yugo tienda
 El débil y estragado medio dia:
 Hijos, vosotros, de estas asperezas,
 Á arrostrar y vencer acostumbrados
 De la tierra y los cielos la inclemencia,
 ¿Temblareis? ¿Cedereis? No. Nuestros brazos
 Alcen de los escombros que nos cercan
 Otro estado, otra patria, y otra España
 Mas grande y mas feliz que la primera.

EL NOBLE.

¡Jóven sublime! tú el camino hermoso
 De la virtud y gloria nos presentas.
 Tu ardimiento á imitarte nos anima.

ALFONSO.

Sigámosle, Españoles: Mas es fuerza
 Si se ha de conseguir tan árduo intento,

Que uno mande, los otros obedezcan.
 Rodrigo pereció, y el cetro godo,
 Vilmente roto en su indolente diestra,
 Clama imperiosamente que otras manos
 En su primer honor le restablezcan.
 Nosotros que aspiramos á esta gloria,
 Aquí debemos, á la usanza nuestra,
 El caudillo elegir que nos conduzca,
 El Rey alzar que nuestro apoyo sea.
 Mi voz nombra á Pelayo.

PELAYO.

Gixoneses,
 No abrigueis tal error: ¡ con qué vergüenza
 Se afligiera la sombra de Ataulfo,
 Descansar viendo su Real diadema
 Sobre una frente que el rubor humilla!
 Buscad otra mas digna en que ponerla,
 Ilustres campeones.

ALFONSO.

No así injurias
 Á tu espléndido nombre, á tus proezas,
 Al zelo de los buenos que te admiran:
 ¿ Degradarte? Jamas. ¡ Ah! no lo creas,
 No es dado á una muger frívola y débil

Manchar la gloria, y trasladar su afrenta
 Á aquel que sin cesar sus pasos guía
 Del honor y virtud por la árdua senda,
 Ese escándalo torpe que te ofende,
 En lugar de apocarte, te engrandezca
 Al terrible castigo y la venganza.
 El pueblo adora en tí, la patria espera:
 ¿Podrás dudar?... Valientes Asturianos,
 Respondedme: ¿quién es, dónde se encuentra
 El que con mas ardor se ha ennoblecido
 En esta grande y desigual contienda?
 ¿Quién de tantas desgracias á despecho
 Nunca desesperó? ¿Quién nos alienta,
 Y en nombre de la patria nos inflama?

LOS NOBLES.

Pelayo.

ALFONSO.

¿Quién pues ser nuestra cabeza
 Mas bien merece, y fundador ilustre
 Del nuevo estado que á rayar comienza?

LOS NOBLES.

Pelayo.

ALFONSO.

Él nuestro General, nuestro Monarca

Debe ser , Ciudadanos.

LOS NOBLES.

Él lo sea. (1)

ALFONSO.

¿ Oyes el voto universal? Ahora
 Vil desercion tu resistencia fuera;
 No es el trono opulento de Rodrigo
 Cercado de delicias y riquezas,
 Sumergido en el ocio y la molicie,
 El que á tí los Cristianos te presentan.
 Las fatigas, la muerte, las batallas,
 Tu débil solio sin cesar asedian,
 Mas la gloria y la patria al mismo tiempo
 Á par de tí se acercarán con ellas.
 Tus vasallos son pocos, mas leales;
 Todos por mí te ofrecen su obediencia.

EL NOBLE.

He aquí el escudo, emblema del esfuerzo
 Con que debes velar en su defensa.
 Hasta aquí mi igual fuiste; desde ahora

(1) Á esta aclamacion todos se levantan: uno de los Nobles coge un escudo, y acompañado de Alfonso se acerca á Pelayo en actitud reverente.

Yo te llamo mi Rey: y á tus excelsas
 Virtudes, y á tu gloria el homenaje
 Rindo, que un tiempo les dará la tierra.
 ¡Plegue á Dios que la nueva monarquía
 Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
 Abarque toda España; y que tu espada
 Cetro del mundo con el tiempo sea!

ASUNTA BY DELAYO. (1)

Pues yo ofrezco á mi vez, ínclitos Godos,
 Ser en la dura lid que nos espera
 Siempre el primero, y siempre conduciros
 Donde las palmas del honor se elevan.
 Respeto eterno á la justicia juro:
 Si en algún tiempo lo olvidáre, puedan
 Verter en mí su indignacion los cielos
 Con mas rigor que el que en Rodrigo emplean.
 Deshecho entónces mi poder....

(1) Poniendo la mano sobre el escudo.

ESCENA IV.

UN GIXONÉS y dichos.

EL GIXONÉS.

Cristianos,

Volved la vista á la desgracia nueva
Que asalta á nuestra patria: ya Munuza
Su indigna atrocidad descubre entera.
La indulgencia y piedad que ántes mostraba
Á nuestra desventura, á nuestras penas,
Fingidas fuéron, cebo pernicioso
De su vil seducción: la ley perversa
De ser esclavo ó musulman el Godo
Se publica mañana.

ALFONSO.

¡Oh! ¡si pudiera

Mañana ser el venturoso dia
De oprimirle!

EL GIXONÉS.

Sabed que ahora se observa
Un repentino y grande movimiento
En su alcázar, las armas centellean,
Y la guardia se dobla: un mensajero

De Mérida enviado es quien altera
El tranquilo silencio de la noche.

LEANDRO.

Prevengámosle, Godos: que perezca
El tirano mañana á nuestras manos.

VÉREMUNDO.

¿Y no temeis la muchedumbre fiera
De sus soldados? Dilatadlo os ruego:
Bastantes aun no sois, haced que vengan
Á unirse con vosotros los Cristianos
Que esconden fugitivos esas sierras.

PELAYO.

Ó mañana, ó jamas. ¿Queréis acaso
Vuestra fortuna abandonar expuesta
Á la cobarde sugestion del miedo,
De la perfidia á la alevosa lengua?
Mañana, quando el bárbaro en la plaza
Haciendo ostentacion de su insolencia
Diere esa ley fánatica, y el pueblo
Hervir de oculta cólera se sienta;
Entónces todos levantando á un tiempo
El fiero grito de imprevista guerra,
Y proclamando en él la fé, la patria,
Los fieles concitad á defenderlas.

ALFONSO.

Al ardor que en mí siento, á la esperanza
 Que en este instante el corazón me alienta,
 No hay que dudar, vencemos. ¡Ó Cristianos!
 Traidor se llame y maldecido muera
 El que sin la victoria ó sin la muerte
 Su brazo aparte de tan santa empresa.
 Sobre este acero al Dios que nos escucha,
 Ó vencer ó morir juro.

LEANDRO. (1)

En tu diestra

Lo juro yo también.

UN NOBLE. (2)

Y yo.

OTRO NOBLE. (3)

No hay nadie

Que ansioso no lo jure.

(1) Asiendo la mano de Alfonso.

(2) Acercándose á ellos, y haciendo ademán de asir su mano.

(3) Todos hacen el mismo ademán que Alfonso en actitud de jurar por su espada.

(63)

PELAYO.

¡Ó providencia!

Sí, que mañana al acabarse el día,

Ó vencer ó morir el sol nos vea.

Fiu del acto tercero.

ACTO IV. (1)

ESCENA PRIMERA.

PELAYO, LEANDRO, AUDALLA,
GUARDIAS.

AUDALLA.

Soldados, despejad : guardad las puertas,
Y que ningun Cristiano en este alcázar
Consiga penetrar : vos (2) aquí en tanto
Aguardad vuestra suerte. Vase.

ESCENA II.

PELAYO, LEANDRO.

LEANDRO. (3)

¡Ó noche infausta!
¡De eterna exêcracion merecedora!
Así el cielo derriba la esperanza

(1) La Escena es la misma que en el Acto segundo.

(2) Á los dos Cristianos.

(3) Despues de una pequeña pausa.

Del hombre y sus intentos... ¡Ó Pelayo!
 La fortuna por fin no nos separa,
 Y el consuelo aunque amargo nos permite
 De lastimarnos juntos... Mas tú callas,
 Y sumergido en tu profunda pena
 No atiendes á las lúgubres palabras,
 Que á tí dirige tu afligido amigo.
 ¿Acaso en trance tal tu grande alma
 Á tantos males superior un tiempo
 Se siente desmayar? La muerte armada
 De horror se nos presenta; es doloroso
 Perecer sin defensa y sin venganza:
 Pero así acabarán nuestras fatigas:
 El cielo no ha querido coronarlas
 En la tierra.

PELAYO.

¡Infeliz! ¿por qué he nacido
 En edad tan funesta y estragada,
 Sorda al honor y muerta á la fortuna,
 Dada á la servidumbre, y á la infamia?
 ¡Valiera mas no ser!

LEANDRO.

Tu noble aliento
 Te abandona sin duda: aunque cerrada

E

Á nuestra salvacion la senda mires,
 No así tambien su salvacion la patria
 Llorará muerta. El cielo otros valientes
 Sabrá excitar, Pelayo, á libertarla,
 Á quienes acompañe mejor suerte.
 Nuestros amigos...
 PELAYO.
 Esperanza vana!
 Ya quizá las mazmorras los esconden,
 Ó el brazo de la muerte los acaba.
 No: la infame, la horrenda alevosía
 Que á nuestra perdicion nos arrebató,
 Ningun camino á la salud presenta.
 Tú lo quieres así, Dios de venganza,
 Tú lo decides; y en tu mente augusta
 Con colores de fuego están pintadas
 Las culpas de Vitiza y de Rodrigo,
 Sin que ya nuestra fé baste á borrarlas.
 Tú haces triunfar al Moro: tú abandonas
 Ya para siempre á la infeliz España
 Á la supersticion abominable
 Con que tu nombre el Árabe profana.
 Vendrá, sí, vendrá un dia en que te vuelvas
 Ácia aquesta region esclavizada,

Y al contemplar el espantoso estrago
 Con que te plúgo un tiempo castigarla,
 Tus ojos de ella con dolor se aparten,
 Y llores los efectos de tu saña.
 Tú lo ordenaste; cúmplase. Mas dime,
 Dime, Señor, ¿qué culpa tan infausta
 Me hace el mas infeliz? ¿por qué en perderme
 Miro mi propia sangre encarnizada?

LEANDRO.

¡Cómo! ¿qué nueva especie de sospecha,
 Qué agitacion, Pelayo?...

PELAYO.

¡Ah! tú no alcanzas
 La mortífera angustia que me ahoga,
 Las furias que mi pecho despedazan.
 Esa infame muger á quien mi labio
 No puede sin horror nombrar hermana;
 Esa muger frenética nos vende.
 Yo en medio de mis iras y amenazas
 La descubrí que los valientes iban
 Á armar, á alzarse, y restaurar la patria.
 Y ella es sin duda, ¿lo creyeras? ella
 Es la que parricida y sanguinaria
 Á su bárbaro amante nos entrega.

LEANDRO. No, Pelayo: ¡qué error! ¿á tal infamia
 Su pasión llegará?... ¿Pero qué importa
 Quando la muerte su segur levanta,
 La senda que á sus filos nos conduce?
 Amigo, el bueno en su virtud descansa,
 Y lo demás desprecia.

PELAYO. ¡Siempre, siempre
 La vil traición en pérfida asechanza
 Contrastando al valor! Ella en los campos
 Nos perdió de Xerez; ella fué causa
 De que Toledo y Mérida cayesen;
 Ella al poder del Moro nos arrastra.
 ¿Escrito pues está, que quando nace
 Un pecho generoso, al punto nazcan
 Otros mil que cobardes ó traidores
 Á la ignominia encorben la garganta?
 Así la iniquidad triunfa, así mueren
 De la virtud las bellas esperanzas.
 ¡Miserables humanos!

E S C E N A III.

HORMESINDA y dichos.

PELAYO.

¿Mas qué veo?

¡Gran Dios! ¿no es ella? ¿que suplicio! (1)

HORMESINDA. (2)

¡Tanta

Es la aversion que esta infeliz inspira,

Que ni aun vuelves los ojos á mirarla!

¡Pelayo!.... ¿No respondes?

PELAYO.

¿Por ventura

Vienes, infame, á contemplar las ansias,

Á ver la humillacion en que pusiste

Á este hermano que un tiempo tanto amabas?

Desnúdate ese trage que te acusa,

Viste las tocas moras, vuelve, y sacia

Tu loco frenesí con el estrago

De mi muerte cruel, y luego marcha

(1) Se cubre los ojos por no verla.

(2) Deteniéndose.

Á presentar mi sangre á la mezquita
En holocausto atroz.

HORMESINDA.

¡Bárbaro! calla,

Mi culpa no merece ese castigo,
Ni á tal extremo de furor se iguala.
Tú que ves mi flaqueza y la condenas,
¡Eterno Dios! tú sabes si en mi alma
Un momento jamas fué desoido
El amor fraternal... Pelayo, agravia
Quanto quieras mi fé: nombres atroces
Busca, y aflige á tu angustiada hermana,
Quando la vida y libertad te trae.

LEANDRO.

¡Con que por tí la cristiandad logrará
Tanta fortuna!

HORMESINDA. (I)

La fata! noticia
Por el Emir de Mérida enviada
De ser falsa su muerte, y que sus pasos
Ácia Asturias oculto encaminaba,
Llego á Munuza: al punto sospechando

(I) Á Leandro.

En uno de los dos, manda á sus Guardia
 Que á la mansion de Veremundo vuelen,
 Y del palacio al torreón os traigan.
 Tu ardor, Pelayo, descubrió quien eras:
 Vanamente á sus pies arrodillada
 Aplacarle intenté: que él inflexible
 Con desdeñosa voz mi amor ultraja,
 Y al fin responde, que los xefes todos
 De tí decidirán. Yo desolada,
 Busco otro medio, y prodigando el oro
 Por los soldados árabes que os guardan
 Os vengo á redimir: con presta fuga
 Burlar podeis la suerte que os amaga.
 ¡Mas cuán vano cuidado! el inclemente
 No vuelve á mí la vista, ni se agrada
 De aceptar mi favor: ¡es pues tan grande
 Mi culpa, justo Dios!

PELAYO.

Ves, desgraciada:

¿Contemplas lo que hiciste? Tu flaqueza
 Ha alzado entre los dos una muralla
 Que ni la voz de la piedad penetra,
 Ni los esfuerzos de la sangre allanan.
 ¿Quién pensára jamas que hubiese un día

En que á Pelayo á avergonzar llegara
Tu piedad misma?

HORMESINDA.

Indígnate , no importa,
Contra mi amor desventurado ; exhala
Tu horror y tu vergüenza ; yo bendigo
Veces mil este amor , pues él te salva.
No por ser mía , la ocasion desprecies :
Huye , Pelayo , vuela sin tardanza ,
Guárdate á mejor suerte :.... Pero al ménos
; Concederás á tu infeliz hermana
Un sólo don ?

PELAYO.

¿ Quál es ?

HORMESINDA.

Que oigas el grito
De la naturaleza que reclama
Por mi clemencia , y digas , soy tu hermano ,
No te aborrezco.

LEANDRO.

Sus piadosas ansias
Lo merecen , Pelayo : no inflexible
El cielo siempre , la flaqueza humana
Castiga airado ; si el error le ofende ,

El arrepentimiento le desarma.
Vénzate su dolor.

PELAYO.

Inexôrable

No penseis que yo soy; en mis entrañas,
En medio de los gritos del enojo,
Aun la voz de la sangre es escuchada.
Ven, delicia y oprobio de Pelayo, (1)
Ven; recibe estas lágrimas amargas,
Que de mis ojos encendidos brotan,
Y á confundirse con las tuyas baxan.
¡Oh! ¡ Si la mancha de tu error lavasen!
Mas no es posible, no.... por fin mi alma
No te aborrece: ¡el cielo te perdone
Como yo te perdono!

HORMESINDA.

¡Ó afortunada
Hora en que al fin mi lastimado pecho
De incertidumbre tan cruel descansa!
¡Que en fin cobro un hermano!

PELAYO.

Yo soy solo, (1)

(1) Corre ácia él, y se abrazan.

Yo, quien debe dudar si hora le abraza
Su hermana ó su enemiga. ¡ Dios clemente!
¡Óh! ¡no permitas que la flor de España
Víctima triste de un error se vea
Al antojo de un bárbaro pisada!
Pero no se verá: (1) y el grande aliento
Que en este punto el corazon me inflama,
Anuncia que ya el tiempo de su triunfo
Á ese arrogante Musulman se acaba:
Volemos pues, Leandro.

ESCENA IV.

MUNUZA, AUDALLA, ISMAEL,
GUARDIAS y dichos.

MUNUZA.

¡ Aquí Hormesinda!
¿ Acaso tambien ella se declara
Contra el amante que eligió su pecho,
Y á quien ayer su lealtad juraba?

(1) Desprendiéndose arrebatadamente de
Hormesinda.

Si el suplicio está pronto , allá me envía:
 Líbrame del horror de esas palabras,
 Que al salir de tu boca aborrecible,
 Mas fieras que la muerte me desgarran.
 Suelta el freno á tu cólera impaciente:
 Iguálanos en el morir : ¿ qué tardas ?
 Yo te aborrezco , y te persigo ; y ella....
 ¿ Quál delito es mayor ? ella te ama.

HORMESINDA. (I)

¡ Cesa , cesa , cruel ! divinos cielos,
 ¿ Y hareis que á completar mi suerte infausta
 De mi esposo al furor mi hermano espire ?
 ¿ Á quién irán primero mis plegarias,
 Á quién persuadirán que de su pecho
 Despida esa altivez , esa arrogancia,
 Que al uno lleva á perdicion segura,
 Y á abusar de su fuerza al otro arrastra ?
 Si mis suspiros débiles no os vencen,
 Si este llanto que vierto no os ablanda,
 Saciad en mí los dos á un mismo tiempo
 Esa sed de venganza que os abrasa.

(I) Interponiéndose en medio de los dos.

Nadie es culpable aquí sino yo sola:
 Yo á mi sangre falté, falté á mi patria,
 Dí mi mano y mi amor á un Africano,
 Que azote fué de la asolada España;
 Y á pesar de este amor luego conspiro
 En favor del contrario que le agravia.
 Culpable esposa del feroz Munuza,
 Y de Pelayo criminal hermana,
 ¿Quién venga de una vez tantas perfidias,
 Y de una vez mi desventura acaba?
 ¡Ó Munuza! ese alfange tan temido,
 Ya enseñado á verter sangre cristiana,
 Sabrá mejor mancharse con la mía:
 Siega al punto con él esta garganta,
 Siégala; y presta á tu infeliz esposa
 En tan fiero rigor su última gracia.

MUNUZA.

¿Y así á abusar te atreves, Hormesinda,
 Del resto de indulgencia que en mí aun habla
 De tu agravio á despecho? Ola, soldados,
 Conducid á mi esposa hasta su estancia,
 Y custodiadla allí. (1)

(1) Una parte de los Guardias rodea á Hor-

HORMESINDA.

¿Mas de mi hermano
Qué ha de ser? dí; sépalo yo.

MUNUZA.

Llevala.

ESCENA V.

MUNUZA , AUDALLA , PELAYO , LEANDRO
ISMAEL , GUARDIAS.

MUNUZA.

El duro estrecho en que te ves contempla;
Tu hora llegó, no tienes ya esperanza
Sino en mi compasion.

PELAYO.

Yo no la imploro.

MUNUZA.

Podrá empero salvarte, si declaras
Con qué designios á Gixon viniste,
Qué cómplices en ellos te acompañan.

mesinda para llevarla : ella hace la pregunta
al trasponer de la Escena.

PELAYO.

El odio que os juré me traxo á Asturias
Son mis intentos libertar mi patria:
Todos los pechos fuertes y leales
Connigo aspiran á tan grande hazaña.

MUNUZA.

¿Quiénes son? ¿dónde están?

PELAYO.

¿Saberlo esperas?

MUNUZA.

Tu salvacion, Pelayo, está cifrada
En decirlo.

PELAYO.

En callarlo se aseguran
Mi honor y su defensa.

MUNUZA.

Y si mi saña,
Confundiendo inocentes y culpables,
Todo este puéblo en su violencia arrasa,
¿Qué valdrá entónces tu silencio?

PELAYO.

Entónces
Al horror de injusticia tan tirana
La desesperacion les dará aliento,

Y cumplirán acaso mi esperanza.

MUNUZA.

¿Con que el estrago de Gixon decides?

PELAYO.

Yo decido su gloria: eternizada

En mi infamia su infamia se verá;

Mas muriendo, un exemplo de constancia

La doy con que se salve.

MUNUZA.

En lugar mio

Ponte, Cristiano, y di, ¿qué pronunciarás

Sobre el destino de un rebelde?...

PELAYO.

Nunca

Me pongo yo en lugar de los que mandan

La opresion, la ignominia, y la violencia.

MUNUZA.

Tú dictas, insensato, en tus palabras

Tu sentencia.

PELAYO.

Execútala.

MUNUZA.

Al instante.

Esos Cristianos al suplicio vayan;

Ismael, y sus cómplices temblando
Contemplan el destino que se guarda
Á su temeridad.

PELAYO. (1)

¡Ó fiel amigo!
Nuestra carrera fatigosa acaba;
Que el valor la corone; el cielo se abre
Y la inmortalidad á sí nos llama. (2)

E S C E N A VI.

MUNUZA, AUDALLA.

MUNUZA.

Anda, arrogante, á padecer la suerte
Á que tu ciego frenesí te arrastra
AUDALLA.
Ahora sí que en tí encuentro aquel Munuza
Cuyo nombre en los campos de la Arabia
De labio en labio vuela, y en tí veo
El firme Musulmán que ántes no hallaba.

(1) Los Guardias rodean á los Cristianos; Pe-
layo se vuelve á Leandro.

(2) Salen.

Cayga Pelayo; y los Cristianos giman
 Al ver que aquesta víctima consagras
 Á tu seguridad y á su escarmiento.

MUNUZA.

¡Un fugitivo mísero, á quien trata
 De acoger mi piedad!... ¡quáles serian,
 Si vencedor se viese, sus palabras,
 Quando vencido y humillado, y preso
 Con tal fiereza el temerario hablaba?
 ¡Que perezca como él quien le imité!

AUDALLA.

Yo temí que las lágrimas, las ansias
 De Hormesinda presentes en tu pecho....

MUNUZA.

Quizá mas de lo justo en él sonaban:
 Pero ya Audalla mi altivez antigua,
 Contra tanta bondad clama indignada.
 Conozco en mí su usado poderío;
 Y siento que el amor anonadaba
 El noble ardor y las costumbres fieras
 Que el África me dió.

F

ESCENA VII.

ISMAEL y dichos.

ISMAEL.

Señor, alzada
Hierve toda Gixon; los dos cautivos
Que ya al cuchillo la garganta daban,
Libres se ven por el furor del pueblo
Que al funesto suplicio los arranca.
Clamando libertad los nobles fieros
De la atroz sedicion soplan la llama,
La sangre corre, los Cristianos triunfan...

MUNUZA.

¡ Maldicion sobre tí ! Vamos, Audalla,
A levantar el formidable azote
Contra esa muchedumbre vil y esclava.
No habrá perdon: sus pálidas cabezas
Pirámides serán que den á España
Testimonio inmortal del gran castigo;
Y á las ondas del mar amedrentadas,
Baxando los arroyos de la sangre,
Anunciarán su estrago, y mi venganza.

Fin del acto quarto.

ACTO V. (1)

ESCENA PRIMERA. (2)

HORMESINDA, ALVIDA.

ALVIDA.

Vuelve en tu acuerdo, mísera : ¿ á qué aspiras ?
Arde entre tanto la mortal pelea
Allá en la plaza, y por ventura extiende
Su asoladora llama ácia estas puertas.
Entra : ¿ qué harás aquí ? No así te expongas ;
Huye, Hormesinda, del estrago.

HORMESINDA.

Dexa

Que en él me precipite : dexa, Alvida,
Que corra en medio de las armas fieras :
Quizá esos corazones implacables
Con solo mi morir contentos sean.

(1) La Escena en este Acto, es el atrio del alcázar de Munuza.

(2) Hormesinda sale por las puertas del alcázar, y quiere salir al sitio de la pelea : Alvida la detiene.

Mi mal así se mostrará á mis ojos:
 Que en esta incertidumbre tan funesta
 Llega vago y confuso á mis oídos,
 Y en mi mente aterrada se acrecienta.

ALVIDA.

¿ Y así qué lograrás? doblar tu riesgo,
 Y aumentar su furor con tu presencia.
 ¡ Qué error pensar que el ominoso lazo
 Con que te uniste á un Moro olvidar pueda
 Pelayo, y que Munuza no te culpe
 Del peligroso trance que le estrecha!
 Ya ni á la sangre ni al amor te fies:
 Cuando retumba el eco de la guerra,
 Ellos exâlan sus endebles gritos,
 Y escuchados no son. Naturaleza,
 Al tiempo que los hombres se destrozan,
 Á las mugeres tímidas ordena
 Que entre dolor y lágrimas se oculten,

HORMESINDA.

¿ Oyes? el ayre se estremece y suena
 Con los desesperados alaridos
 Que al estruendoso batallar se mezclan.
 ¿ Quién será el abatido, Dios eterno?
 ¿ Miserable! ¿ Qué digo? ¿ No va envuelta

Mi desastrada ruina en el estrago
De Pelayo ó Munuza? En donde quiera
Que se fixe la mente, un hondo abismo
De desventura y de dolor contempla;
Y á mí, y á éste, y á aquel en solo un dia
Pierde mi amor.... Mas Veremundo llega.

E S C E N A II.

VEREMUNDO y dichas.

HORMESINDA.

Señor, vos lo sabeis: ¿ Viven? ¿ Quál de ellos
Se rinde?... ¡ Ah! por piedad, que vuestra lengua
Nada me oculte, nada.

VEREMUNDO.

Yo, hija mia,
¿ Qué te puedo anunciar? Desde la excelsa
Torre en que preso fuí, donde arrastraban
Otros muchos cautivos sus cadenas,
Levantar ví un cadalso, y ví que mudos
Al funesto espectáculo se acercan
Mil Cristianos, dudosos, esperando
Á quien allí sacrificar se intenta.
Entre guardias al fin los dos llegaron.

Quando vuelto ácia el pueblo en voz tremenda
 Leandro exclama: "¡indignos españoles!
 »; Y podréis consentir que así perezca
 »Vuestro libertador, vuestro Monarca,
 »Pelayo?" Á este gran nombre, á su presencia,
 Que augusta y bella en magestad lucía,
 Se agitan todos, y á escucharse empieza
 Un ronco y sordo son qual de borrasca,
 Quando á irritarse el piélago se apresta,
 Y á alzar sus olas contra el cielo: entónces
 Los nobles con Alfonso, en su carrera
 Arrollándolo todo, entran y arrancan
 Á los Moros atónitos su presa.
 La lid se traba, las espadas arden,
 Crece la confusion, la muerte vuela,
 Mientras que palpitando nuestros pechos
 Entre el temor y la esperanza ondean
 La torre asalta intrépido Leandro,
 Y quebrantando las ferradas puertas,
 Armó de acero los robustos brazos,
 Que ántes cargados de prisiones eran.
 Todos á combatir se precipitan,
 Y yo aunque débil por oculta senda
 He corrido en tu busca; que al instante,

Hija, tú fuiste mi atención primera.
Vente conmigo: el corazón me dice
Que van á fenecer nuestras miserias,
Que vamos á ser libres. Hormesinda,
Vuélvete á la mansión de tu inocencia,
Dexa este alvergue odioso.

HORMESINDA.

¡Y yo sería
Tan cobarde y tan vil que así lo hiciera!
Aquí vivir en la fortuna quise;
De aquí salir la adversidad me veda.

VEREMUNDO.

¿Y si vencen los nuestros?

HORMESINDA.

Si ellos vencen,
Se acordarán que aquí de la fiereza
Del rigor de Munuza en otro tiempo
Su amparo fui, su asilo, y su defensa.
Aquí, si el hado favorece al Moro,
Á los pies de mi esposo en llanto envuelta
Los rayos detendré de su venganza,
Ó lograré que me confunda en ella.

VEREMUNDO.

Pero pronto este sitio, este palacio

Campo va á ser de la fatal refriega;
 Pronto arruinado ó entregado al fuego
 Acaso le verás.... ¿ Y tú no tiembles
 El atroz frenesí de los vencidos,
 Ó el ímpetu ya ciego del que vengza?

HORMESINDA.

Yo en lugar de temer amo el peligro,
 Señor; si ingratos ellos me desechan,
 Si ni éste me conoce por esposa,
 Ni por hermana aquel; naturaleza
 Aunde esposa y de hermana el dulce afecto,
 Para mayor tormento en mí conserva.
 Sé bien qual es mi suerte; sé que el cielo
 Á esta infelice señaló una senda
 De espinas erizada y de amarguras,
 Que va á parar á perdicion funesta.
 Mas toda, toda la andaré.... Entre tanto
 Abandonadme vos, no de mi estrella
 Os alcance tambien para afligirme
 La terrible mortífera influencia.
 Dexadme ya.

VEREMUNDO.

¡ Qué obstinacion! Alvida,
 Cuida tú de tu amiga, mientras llegan

Los guerreros que prontos á mis voces
Volarán á asistirle y defenderla. Vase.

E S C E N A I I I.

HORMESINDA , ALVIDA.

HORMESINDA.

¿Tú en tal punto qué aguardas? Desampara
A una desventurada ya dispuesta
Para el golpe mortal.... ¡Dios poderoso,
Salva, salva á los dos! Si es una nueva
Ofensa aquesta súplica, descarga
De tu enojo espantoso la violencia
Sobre mí sola.... ¡Ay mísera! (1)

E S C E N A I V.

Dichas: MUNUZA herido y sin armas apoyado
en ISMAEL: algunos MOROS le siguen.

MUNUZA.

¡Cobardes!
¿Por qué así me alejais de la pelea?

(1) Viendo á Munuza.

¿Qué me importa una vida ya sin gloria?

ISMAEL.

El golpe al ver que os fulminó la diestra
De Pelayo; al miraros sin sentido,
Y que la suerte os arrojó por tierra,
Todos con nuevo ardor nos arrojamós
En medio de los dos: cien vidas cuesta
Conduciros á salvo ácia este alcázar.
Respirad pues, Señor; miéntras que tenga
Vida Munuza, el pérfido Cristiano
Su inesperado triunfo no completa;
Y aun tiene que temblar.

MUNUZA.

¡Ya estoy vencido!

¡Yo que ayer esperaba en mi soberbia
Que á sola mi presencia esos infieles
Sus viles frentes en el polvo hundieran!
¡Ya estoy vencido! y el vivir que os debo
Solo sirve á doblarme la vergüenza,
Á acrecentar mi rabia ya impotente.
¿Qué es de mi cimitarra? ¿En dónde quedan
Mis valientes soldados? ¿Dónde Audalla?
Todo me falta ya, todos me dexan.

HORMESINDA.

Tu esposa no: por medio á tus contrarios
 Sin aterrarse de sus armas fieras
 Ella te salvará: su tierno pecho
 Será el escudo en que los golpes hieran.
 No es dable, no, que su furor resista
 Al eco de mis lúgubres querellas,
 Y que en tu sacrificio y su venganza
 Mi sacrificio y mi morir pretendan.
 Ellos se acordarán de mis favores,
 De tu piedad tambien.

MUNUZA.

¿ Por qué renuevas
 En mi mente ostigada la memoria
 De mi descuido y criminal flaqueza?
 Ella es ahora mi mayor verdugo:
 Por tí perdonó un tiempo mi clemencia
 Este insolente pueblo que á mis iras
 Debíó ser igualado con la tierra.
 Por tí dexé vivir sus moradores;
 Por tí en fin sin arbitrio, sin defensa,
 En la odiosa traicion que me asesina
 Me miro fenecer.

HORMESINDA.

¡Cómo te ciega
Tu imprudente furor! No desconozcas
La postrera esperanza que te queda;
Yo soy tu asilo...

MUNUZA.

Vuélveme mi imperio,
Vuélveme mis guerreros; vuelve entera
Mi gloria en tal combate destruida;
Haz que Pelayo y sus Cristianos mueran;
Y entónces... ¡Dí, por tan inmensos bienes
Como este desastrado amor me lleva,
Á ti que resta por hacer?

HORMESINDA.

Salvarte.

Entra en esa mansion de tu grandeza,
Entra: á las plantas de Pelayo echada
Por tí yo rogaré; y es fuerza, es fuerza
Que respete tu vida, ó que contigo
Perecer á Hormesinda se conceda.
¡Óh! no tardes, no tardes; el peligro
Se aumenta mas y mas. ¡Oyes cuál suena
El nombre de Pelayo, y á los ecos
Pelayo retumbar?

(93)

MUNUZA.

¡ Ah! que no tiembla

Munuza de morir : le sobra aun vida
Para que sus contrarios se estremezcan.

HORMESINDA.

Pero tiembla por mí.

E S C E N A V.

AUDALLA (1) y dichos.

AUDALLA.

No así , Munuza,
En tal conflicto los momentos pierdas.
Aun es tuyo el alcázar : su recinto
Camino libre hasta la mar nos dexa.
Huyamos por aquí ; nuestros navíos
Te llevarán á salvo , á donde puedas
Con gentè y armas revolver terrible.

MUNUZA.

¡ Y que huyendo esos pérfidos me vean!

AUDALLA.

Á salvarte.

(1) Sale por las puertas del alcázar.

(94)

MUNUZA.

Á morir.

AUDALLA.

Á la venganza.

MUNUZA.

Sí, y horrible será: las torpes huellas
Yo de mi fuga borraré: sangrientos
Y palpitantes cubrirán la senda
Sus miembros por mi mano destrozados.

HORMESINDA.

¡Munuza!

MUNUZA.

Quita allá: muger funesta,
De mi oprobio ocasion, yo te abandono;
Hermana de Pelayo á Dios te queda. (1)

E S C E N A VI.

HORMESINDA ALVIDA.

HORMESINDA.

Sí, ingrato, quedo á proteger tu fuga:

(1) Munuza, Audalla y los Moros se entran
en el alcázar: las puertas se cierran.

Yo con mi llanto y voces lastimeras
Suspendere del vencedor las iras,
Y tu amparo seré por mas que hieras
Mi corazon.

ALVIDA.

Si la amistad, si el ruego
Contigo pueden, Hormesinda, enfrena
Delante de Pelayo esa ternura,
Esas amantes ansias que te ciegan.
Ya se salva Munuza, esto te baste,
Y en tal momento al vencedor respeta.

E S C E N A VII.

VEREMUNDO y dichas.

VEREMUNDO.

Soló á tí vuelvo: mi cansada planta
En vano apresuré, todos se alejan
Á seguir en su fuga al Africano.

HORMESINDA.

¿Y Pelayo, señor?

VEREMUNDO.

Pelayo cierra

La salida ácia el mar: allí terrible

Gloriosa cima á su victoria apresta,
Inmolando á las aras de la patria
En Munuza la víctima que espera.

HORMESINDA.

¡ Ah! no será una sola. (1)

ALVIDA.

¡ Desdichada!

VEREMUNDO.

Tú te olvidas de tí; ¿ qué es lo que intentas?

HORMESINDA.

Soy muger, soy esposa, soy amante.

VEREMUNDO.

¡ Ah! que así al precipicio te despeñas.

HORMESINDA.

Dexadme pues volar adonde libre
De tanto afan con perecer me vea. (2)

(1) Queriendo arrojarse fuera de la escena:
los dos la contienen.

(2) Se desprende de ellos, sale, y tras ella
Alvida.

ESCENA VIII.

VEREMUNDO y despues ALFONSO.

VEREMUNDO.

¡Cómo de un frenesí tan desatado
 Ya el ímpetu atajar? ¡Todo á perderla
 Se conjura! ¡Ó vosotros! que á la audacia
 Juntais tambien la agilidad, la fuerza,
 Venid, acudid prontos, ya que el tiempo
 Á mis miembros inútiles las niega....
 ¡Nadie me escucha!... En tan fatal conflicto
 Parece que al dolor sordo se muestra
 El cielo, y que su cólera confunde
 La flaqueza y el crimen en la pena.

ALFONSO.

¡Qué dia, Veremundo! Ya en las calles
 Hombres, mugeres, niños se atropellan,
 Que su alborozo, y su placer mostrando,
 Con aplausos sin fin el viento pueblan.
 Todos bendicen á Pelayo, todos
 Le aclaman por su Rey; todos desean
 Verle, admirarle.

G

VEREMUNDO.

¡Plegue al cielo, Alfonso,
Que en fúnebres lamentos no se vuelvan
Esos aplausos! Oye, aun quizá tiempo
Es de salvar.

ALFONSO.

¿Á quién?

VEREMUNDO.

Pelayo aqueja
Á Munuza en el puerto: arrebatada
De su amor Hormesinda á la pelea
Corrió.

ALFONSO.

Basta, allá vuelo.

VEREMUNDO. (I)

Tente, escucha,
¿Oyes el gran rumor que aquí se acerca?

(I) Óyese ruido de la parte del alcázar.

ESCENA IX. (1)

PELAYO seguido de CRISTIANOS y dichos.

PELAYO.

Ó pueblo de Gixon alza la frente;
Dics por mi brazo rompe tus cadenas;
Ya el opresor agonizando expía
Tu antigua servidumbre y su insolencia.

ALFONSO.

¡Salud y gloria al defensor de España!
Dame besar la mano que nos venga,
Tocar la espada, y bendecir un golpe
Que libra al Godo, al Africano aterra,
Y admira al mundo.

PELAYO.

Benedicid, Cristianos
Del Dios de las batallas la asistencia:
Ella el triunfo me dió.

VEREMUNDO.

¡Mas ay! Pelayo,

(1) Las puertas del alcázar se abren; y sale
por ellas Pelayo acompañado de Cristianos,

¿Qué es de Hormesinda? Arrebatada y ciega
Salió volando á interponerse en medio
De vosotros. ¿ Llegó?

PELAYO.

¿Quién se atreviera
Á contener la furia impetuosa
Que allí llevó mi fulminante diestra!
Ya Audalla y otros ciento lo intentaron;
Audalla y otros ciento á mi violencia
Arrollados se viéron; y el tirano
Pasmado, estremecido, sin defensa
Presentó el pecho á la sedienta punta
Que al instante á su muerte abrió la puerta.

VEREMUNDO.

¿Qué será? ¡Ó Dios! Leandro ácia nosotros
Lleno el semblante de mortal tristeza
Se acerca.

E S C E N A X.

LEANDRO y dichos.

PELAYO.

¡Ó caro amigo! mal conviene
Tal ademan, ni tan dolientes muestras

(101)

En un momento tan feliz.

LEANDRO.

Pelayo,
Preven tu heroyeo pecho y tu firmeza
Á los reveses de la suerte: el cielo
Nos vende caro el triunfo: á tí te cuesta
Mas que á ninguno: tu infeliz hermana....

PELAYO.

Quizá en llanto sacrílego deshecha
Se queja contra mí.

LEANDRO.

No es tiempo ahora
De enojo y de rencor: ya su flaqueza
La lleva á perecer.

PELAYO.

¡ Muere Hormesinda!

¿ Y quién fué el hombre atroz?

LEANDRO.

¡ Ah! no pretendas
Averiguarlo ya.

PELAYO.

Dilo.

LEANDRO.

Tú mismo.

PELAYO.

¡ Yo mismo ? ¡ Ó Dios !

LEANDRO.

Quando tu furia ciega
Los Árabes y Audalla atropellaba
Que intentáron hacerte resistencia ;
Hormesinda por armas y soldados
Rompe tambien , y desalada llega ,
Y en medio de los golpes que asestabas
Contra el tropel de bárbaros , se encuentra.
Fixos tus ojos en Munuza entónces,
Centellando de saña , conocerla
Ya no pudiste , y por tu misma mano
El cielo quiso castigar tu afrenta.

PELAYO.

¡ Bárbaro yo ! ¡ qué escucho !

LEANDRO.

Moribunda
Viene á exálar la vida en tu presencia.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, y HORMESINDA moribunda sostenida
por ALVIDA.

PELAYO. (1)

¡Hormesinda! ¡Hormesinda! Abre tu pecho
Á mi llanto, á mi amor.

HORMESINDA.

¡Ó qué penetra
Esa voz cariñosa en mis oídos!
Cómo el rigor de mi agonía templá.
¡Pelayo!

PELAYO.

¡Desdichada! ¡Y aun procuras
La mano asir que á perecer te lleva!

HORMESINDA.

Dios la guió: yo muero: tú de España
Vive á ser defensor.... venciste, reyna...
¡Óh! ¡Si yo sola víctima!.... la muerte
Me niega verte ya.... Pelayo, estrecha

(1) Corriendo á Hormesinda.

Entre tus brazos á tu hermana.... (1)

PELAYO.

¡ Ó cielo!

¿ Está ya tu justicia satisfecha?

Españoles, con sangre de Pelayo

Manchada está la cuna que sustenta

Vuestra naciente libertad, con sangre

De esos feroces bárbaros es fuerza

Lavarla: no haya paz, no haya reposo:

Siglos y siglos duren las contiendas.

Viendo estais mi dolor, mi amargo luto;

Pues bien, yo os le consagro en noble ofrenda:

Recibído; y la patria desde ahora

Mi solo amor y mi familia sea.

(1) Hace un esfuerzo para abrazar á Pelayo,
y queda muerta en sus brazos y en los de Alvida.

Fin del acto quinto.